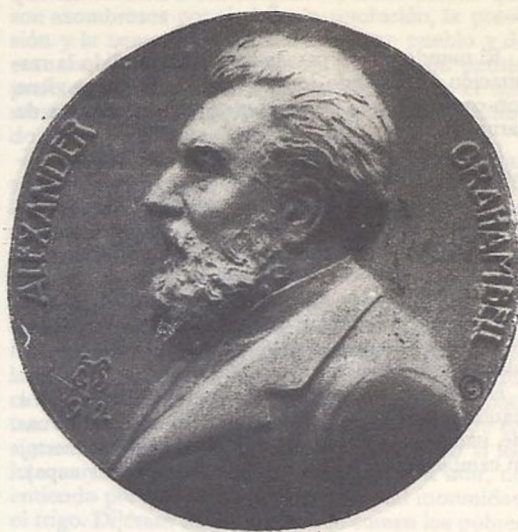


languidecieron hasta quedar con sns hermosos brazos desnudos, secos, negros, desentonando entre el verdor de los campos vecinos.

Y se acabó el deleitoso alivio de aquel toldo verde para los caminantes, que se detenían un momento a gozarla, y aun a refrescar, pues las rosquilleras aldeanas colocaban allí sus mesillas cubiertas con gordo y blanco mantel, y ofrecían resolio, agua, cerezas en la sazón, y peras, y manzanas, y pan de maíz, y galletas más duras que guijarros. Los trajinantes y feriantes, aguijada en puño, tomaban el tente en pie, mientras la pareja de bueyes tendía los bezos húmedos en dirección del prado, más próximo,



Medallón retrato del profesor **Alejandro Graham Bell**, inventor del teléfono, ejecutado por encargo de su esposa por el escultor Spicer-Simson. (De fotografía.)

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El día de Difuntos tiene este año un sentido más desolador que de costumbre. Porque en 1914 hay un día de Difuntos, pero pudiera llamarse de Difuntos el año entero.

Al menos, desde agosto, es el año triunfal de la señora Muerte. La descarnada, la segadora, ¡qué cosecha ha logrado; cuántos cuerpos jóvenes, respirando brio y vigor, han caído en la fosa colosal que se extiende por todos los ámbitos de Europa!

Lo curioso es que, a pesar de su lúgubre significación, el día de Difuntos no es triste, al menos en el campo. En las ciudades, pasa inadvertido; en las aldeas, como el labriego conserva el culto ancestral, el de los manes, aun cuando la iglesia no impone la misa de precepto, asiste a ella y gasta sin duelo en responsos y plegarias por el alma de los que están en el otro mundo.

Pero, si es un día hermoso de otoño, y el sol, aunque pálido, luce y dora los campos en rastrojo, y cuelga diamantes en las hojas humildísimas de la berza boyal; la castaña cuece en la olla, el vinillo agrio colma el jarro de barro o de loza blanca, con azules arabescos, y al amor de la cocina, donde el pote canta su glu, glu, hay alegría y ganas de que «por allá nos aguarden mucho tiempo»...

He dicho vinillo del país. Me refería a unos veinte años ha. Hoy no se produce, o se produce en insignificantes proporciones, aquel «pifón» que trascendía a fresa, y regocijaba las veladas campesinas.

Yo, que pudiera ser nazarena, pues no pruebo el vino, y menos cuanto mejor y más añejo es, tenía una predilección (enteramente platónica) por tales «vinillos» que, según dicho del país, valen un ochavo más que el agua. Si bebiese de alguno, de ése bebería. Y, después de todo, el famosísimo vino del Rhin, ¿qué es sino un «vinillo»? Con razón lo calificaba de tal Alfredo de Musset, en aquellos conocidos versos, parafraseando la canción patriótica del Rhin alemán:

*Nous Favons eu, votre Rhin allemand.  
Il a tenu dans notre verre...*

Añadiendo irónico: «Vuestras muchachas no lo ignoran, porque nos han escanciado vuestro blanco vinillo...»

Ello es que el «pifón» de estas tierras ha desaparecido. No se sabe qué frialdad le ha entrado al terreno, qué desmayo al sol. Aquel poco de espíritu parral que maduraba antes en unos racimos agrios, se evaporó. Menos alegría en las chozas.

Y también se acabarán las castañas, que solían acompañar al vinillo, porque el castaño, ese hermosísimo árbol de madera y fruto, está gravemente enfermo. Tan enfermo, que va muriéndose poco a poco. Antes del tiempo que le corresponde, sus hojas amarillean, y al verlas amarillear antes del otoño es seguro que el árbol tiene la herida en la misma raíz. Cuando digo la herida, debiera decir el gusano; es un horrible gusano blanco el que con sus mandíbulas de acero taladra el núcleo vital y sacrifica al árbol.

Yo no sé si a los que me leen les pasará lo que a mí: un árbol me inspira respeto, interés, como si su vida fuese una vida humana. Al borde del camino real, anchísimo, tapizado de acre polvo en verano, devorado de solanera, existía un oasis; la fresca sombra de doce espléndidos castaños, seculares, no muy altos, recios y anchos como jayanes forzudos, de inmensa copa en forma de parasol, y a quienes tradicionalmente se conocía por los *doce apóstoles*. Verlos sucumbir al contagio, fué un duelo. No se creía posible que nunca feneciesen aquellos atletas. Uno tras otro, sin embargo, cambiaron de color y

o el caballejo, paciente, se mosqueaba, con la cola. Este lindo cuadro de vida rústica es el que con el *Apostolado* ha desaparecido. Y presto desaparecerá la castaña, golosina para los chicos, sabroso condumio para los grandes, la gente labriega, que se conforman a diario con un caldo de berzas o de calabaza...

El día de Difuntos trae a la memoria la desaparición, no sólo de seres queridos, sino de épocas enteras, que se fueron para no volver. Las sociedades tienen, como los individuos, su juventud, su madurez, su decrepitud, su muerte.

¡Quién se acuerda de aquel célebre día de Difuntos, de *Figaro*! ¡Y el período de la guerra de 1870, cuánto se diferencia del actual!

De sus famosos personajes, no creo que quede sino la Emperatriz Eugenia, la que, con la ceguera de la fatalidad, dijo del conflicto:

— Esta guerra es mi guerra.

Hoy, Eugenia de Montijo, destronada y, lo que es peor, herida en el corazón para siempre por el espantoso episodio que le arrebató a su hijo, pasea por Europa la melancolía profunda de su longevidad. Vivir muchos años, es un bien cuando hay en la existencia un interés, un cariño, algo que consuele de la prolongación de la vida; ¡pero la emperatriz de los franceses está bien sola! No tiene, como aquella otra emperatriz de tristes destinos, que cayó a manos del anarquista Sipido, la embriagadora distracción de la estética, el culto de la belleza, un sueño homérico, una evocación de la noble y gallarda sombra de Aquiles el de los pies veloces...

— ¿Cómo puede esa señora, me preguntaba una madre que había perdido una hija de una perniciosísima fiebre, pensar en Homero, habiendo perdido a su hijo, el heredero del trono y de tal manera?

No se sabe qué contestar. Es indudable que la mayor parte de las cosas íntimas, no se explican fácilmente. Son. Y lo íntimo de cada persona es enigma para otra. Hay que admitir la diversidad de las psicologías, la variedad de los temperamentos. Unos olvidan las penas con el licor, como Hamlet; otros (los menos y los escogidos), por el encanto del arte. No pocos las olvidan contrayendo una manía. ¡Pch! El caso es olvidar.

¿Ha olvidado Eugenia de Montijo? Su vida, sorda y recóndita, si bien rodeada de alto lujo y de cierto aparato todavía imperial, no deja traslucir el estado de su ánimo. Que pese sobre ella una pena inveterada, continua, nadie podrá dudarlo. Sólo que en el dolor de Eugenia de Montijo se mezclan varios dolores. La desaparición del hijo es desgarradora; y lo es más, porque significa la de las esperanzas; él era el heredero del trono, la bandera de los todavía leales a su idea dinástica.

Los pretendientes que vinieron después, sobrinos, prole de Corso, no fueron, a decir verdad, lo que se llama candidatos serios. El candidato que (a pesar de llevar auestas, en sus hombros inocentes, el peso de los errores del régimen) pudiera reunir sufragios y despertar simpatías; el que, desde niño, había empezado a dar señales de valor y a tener su leyenda, y murió víctima de ella, estérilmente sacrificado por salvajes, era el hijo de Napoleón III, príncipe bello y heroico, que no pudo encontrar, para su heroísmo, otro campo sino los ardientes penínsulas de Zululandia...

Si ese hijo hubiese vivido, cumplido su carrera, la atención de Francia hubiese estado fija en él, sobre todo si tenía la virtud de mantenerse dentro de su posición, casarse a tiempo, con una princesa de casa real, dirigir su actividad hacia fines serios, cercándose de respetabilidad y dignidad, formado, con ayuda de las vicisitudes políticas y los movimientos de la opinión, un partido con el cual tal vez hubiese que contar ahora. Y al adquirir popularidad el Príncipe, o el ya Emperador para sus partidarios, hubiese resaltado la figura de su madre; y al formarse él una familia, las dulces emociones de la segunda maternidad hubiesen dado un objeto a la vida de Eugenia...

Actualmente, se consagra a asistir a los heridos franceses; lindo gesto de noble anciana, de inconsolada madre... Esos heridos también tienen sus madres, allá en las remotas aldeas, en las laboriosas ciudades fabriles; también ellas llorarán, en la angustiosa incerteza de la suerte del ser querido... Y Eugenia, la *máter dolorosa*, al atender a esos heridos de la campaña, piensa, de seguro, en el que allá pereció sin socorro humano, sin cariño femenino...

Lo que nos está desorientando, a los curiosos, a los cronistas, es que todo ello se sepa por noticias descarnadas, por telegramas mutilados, recortados, secos, sin el detalle que hace imagen, sin la pintura que graba en la mente el hecho. En esta guerra no hay «diarios de testigos», no hay un escritor que vaya siguiendo a los ejércitos beligerantes, como fué D. Pedro Antonio de Alarcón en la campaña de África. Están sucediendo cosas dignísimas de contarse y las ignoramos por entero.

Del malogrado príncipe Mauricio de Battenberg sólo sabemos que, según dicen, la bala le entró por la frente y que no sufrió.

De las ciudades arrasadas, cuentan con laconismo trivial:

«Son un montón de escombros.»

Y a fórmulas por el estilo se reduce la parte descriptiva de esta universal tragedia...

No he visto caso más secreto que este enorme, inconmensurable caso público, esta guerra sin fin, que crece y crece y se esparce y ramifica por naciones y naciones. Nuestra curiosidad, tan legítima, tiene que mortificarse, hasta el día, lejano aun, en que un historiador de la talla de un Mommsen o de un Thierry se encargue de referirnos lo que sucedió, y que, ocurriendo, puede decirse, ante nuestros ojos, se reviste, para los contemporáneos del más impenetrable misterio.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.